

Formoso



José Marín Cañas

En el año de gracia de 1928, aunque en realidad no sé con seguridad si fue de este siglo o del del de las Luces, o el del XVIII con su "Despotismo Ilustrado", escribí dos malos trabajos literarios en el almacén en que trabajaba, a los 17 años, regresado de Europa y más pobre que una rata de las "Varonesas" de Catania.

Y me dieron dos medallas, una de oro y otra de plata. Así fue como salí del almacén y de la oficina de agencias que habíamos recibido, mi padre y yo, por varios años hasta que entré al periodismo. En aquel casuchón viejo, destartado y ruinoso en el que estaba el periódico que había hecho el Concurso, me sentaron en una máquina junto a un tío alto, delgado, flaco y con un acento aragonés que tumbaba. Le pregunté cómo se llamaba y me dijo: "Formoso". "Y tú" —entendí que tenía que llenar la respuesta y dije: "Marín". Y comenzamos a trabajar. Desde el primer instante me di cuenta de que era un hombre de unos treinta y pico de años, cuando yo andaba en los 24. Como yo no sabía nada del oficio, traté de ir preguntando cómo se hacían las cosas. El director era, don Arturo García Solano, el más alto de la Congregación, de carácter fuerte, mando enérgico y órdenes bruscas. Durante los primeros años que trabajamos con él creímos todos que era un tigre. No había tal. Tenía un corazón de poeta, y en cuanto veía que estaba metiendo la pata, corría tras del disgustado a darle toda clase de explicaciones. Cuando descubrimos esto, el mundo cambió de color. Aquel tigre no sabía que tenía corazón de niño.

A los seis meses de haber iniciado mi trabajo y aprendido muchas de las triquiñuelas del periodismo con Formoso, me pusieron al frente de "La Hora" un pasquín de ocho y doce páginas, después, que alcanzó tirajes fantásticos para aquellos tiempos en que el "Diario" tiraba dos mil y la Tribuna, tres. Para describir la historia de ese pasquín, se podría decir su valor de venta: Costada un cinco. (Y traía una página literaria, mucho humor, mucha fantasía y mucho talento de los redactores.

Desde el comienzo hasta mis finales como director de "La Hora", en la que ganaba como director 50 colones semanales, trabajé siempre con Formoso, y llegué a tener, si no la práctica, malicia y téc-

nica del aragonés, por lo menos alcancé a moverme más a gusto porque cada vez se me facilitaba más mi experiencia.

Nunca dos trabajadores han reído y gozado tanto, como reíamos Formoso y yo. Cada vez que Formoso me explicaba cómo se podía hacer de una "nota", un tratado del mal que herrumbra al muelle de Puntarenas, que desde entonces comenzó a caerse, aunque no "haiga" caído todavía. La pasamos de lo lindo. Cuando terminábamos el trabajo, a las diez de la noche o antes, nos íbamos a algún baile de pueblo y gozábamos sacando a bailar a bellezas del campo y tomando kolas de Alojuela, que eran de mi predilección.

Trabajamos juntos muchos años en el "Diario". Un día, la política nos separó. El se fue para la "Tribuna" y yo dejé el Diario y "La Hora" y me fui a trabajar en una empresa particular donde no se hacía periodismo. Un día recibí la noticia y la invitación para su boda, que lo unía a una linda y buena (se le veía en la cara) muchacha que ahora es una dama de indudable encanto.

Me ofreció que sería padrino de su doceavo hijo, pero me engañó. No llegó a la docena.

En las largas conversadas entre nota y nota, supe su vida: Había salido de Zaragoza, su patria pequeña, porque era un revolucionario de siete suelas. Había puesto bombas, había corrido como un gomo con las alpargatas por aquellas calles de su Zaragoza. Cuando la policía le iba a echar mano, se fue de su patria grande, creó que pasó a Francia y de ahí a América. Estuvo en Colombia. Después, Costa Rica. Aquí se sintió bien, mejor que en Francia y que en Zaragoza y que en Colombia.

Años después ya era redactor parlamentario, y se hizo amigo íntimo de los figurones de la época, aquellos varones adustos, honrados, sencillos y sabios que formaban un Congreso de altos valores: El licenciado Arias, Ministro de Hacienda, don Tomás Soley, mago de las finanzas, del doctor Marx, traído de Alemania para poner orden en nuestros apuros, el ingeniero Effinger, que electrificó el Pacífico. Se hizo amigo de don León Cortés, que había sido diputado y Ministro y Presidente. Alternaba, pues, con lo mejor incluso lo superior, don Ricardo y don Cleto. A su sombra entraba yo a correr el día de las elecciones para gritar por los micrófonos de la "Voz de Centroamérica" las papeletas y sus resultados, en telegramas que el Presidente recibía y yo los vomitaba por el micrófono.

Gran amigo y consejero de don Fernando Castro Cervantes, cuando adquirió la propiedad del "diario". Cuando vino el 48, se fue para la "Tribuna" y fue el jefe de Prensa de la propaganda del calderonismo. Infaustamente, a mí me nombró don Otilio, la oposición, el jefe de Prensa del partido. Fue un año de lucha que nos separó y nos enemistó. Un día dijo que "me iba a romper la cara". Herrera García que había sido como hijo mío en el periódico, también era enemigo, como calderonista y sobre todo comunista, pues militaba en el Vanguardia Popular.

Pasó la tormenta, y Formoso quedó sin trabajo. Se me partió el alma y traté de ayudarlo. Pudimos hacer gestiones, y no sé en qué forma, la Casa España lo empleó como administrador. Respiramos. Después vino "La Nación" y llegó en ella a ser director, cronista parlamentario y escribió "La columna" que se hizo célebre, pues en política nacional, era un maestro. Un día me dijo que se había jubilado. Lo ví y comprendí que todos nos hacemos viejos. Lo animé a ir a España, y lo hizo, no porque se lo dijera, sino porque ya jubilado, podía dejar su trabajo y emprender su jornada de descanso.

Sigue alto, flaco, viejo, sabio. De tarde en tarde nos encontramos y hablamos de la "electrolisis" del muelle de Puntarenas, recordando nuestras antiguas travesuras, y nos reímos, pero ya con la amargura de sabernos dos antiguallas que se mantienen verticales por un error en el cálculo de Newton.

Se me alegra el corazón de que le hayan dado un premio: "El de la libertad". Justo, justísimo. Me alegra porque fue mi amigo, mi maestro, mi enemigo y mi amigo otra vez.

Solamente una cosa me desilusionó: tiene un bisnieto. Qué inútil. Yo tengo menos años y tengo 6 y medio bisnetos, y no ando rajando.

Hoy hay fiesta en tu casa, Formoso. Yo también lo estoy por tu triunfo, tan glorioso como merecido. Al fin y al cabo, baturro, te ha ido bien en la vida. Tienes prestigio, nombre, honradez acrisolada y carácter imbatiblemente fiel y honrado. Eres un baturro que honra a España, la lejana, la distante, la del "destape". Ya en ella no quedan baturros como tú. Pero tu ejemplo sigue en pie. Y para nosotros los de aquella generación, tu ejemplo es luminosamente humano y glorioso y español. Dios te lleve de la mano, así como de la mano llevaste a la viejita que todavía es dulce y bella, a pesar de sus años.